



JUAN JOSÉ TEJERO, *Las piedras de mis ruinas*, Valparaíso Ediciones, Granada, 2021, 63 pp. ISBN: 978-84-18694-19-6.

Juan José Tejero (Lebrija, 1978) es un hombre agradecido y, por eso, escribe poemas. O, mejor dicho, por eso los publica, para hacerse entender, para “estar con nosotros” cuando los leemos. Han pasado más de diez años desde que, en 2009, publicara su primer libro: *Cuaderno de extravíos. Un viaje a Grecia*. Y, en estos años, donde la vida ganó el pulso a la literatura, según el autor admite en el ‘Proemio’, le han ocurrido algunas cosas importantes. A diferencia del joven autor del *Cuaderno*, “hoy soy marido y padre de dos hijos. Acaso sea esta suma de papeles la esencia de este segundo libro innecesario”. Un libro *innecesario* que, sin embargo, no es un libro a destiempo. Y, en apariencia, tampoco un libro para recuperar esa edad de la primera juventud con su ímpetu y ambiciones, cuando “publicaciones, reconocimiento, premios...” eran la gran hazaña hacia la que aventurarse.

Sencillamente, en *Las piedras de mis ruinas*, Juanjo Tejero escribe como “el hombre que ha fundado una familia, / asumido los miedos y el misterio / [...] reescribiendo / la casa del pasado hecha presente”. Así se muestra en ‘Este libro’, el primer poema de la obra, que funciona como introducción o presentación para el lector. En este sentido, se podría decir que, en el libro, su autor escribe como hijo y como padre, encarnando ahora esa trinidad que supone el sentido generacional de la vida humana, las tensiones y distensiones entre aquello que somos nosotros mismos y lo que son para nosotros –y somos para ellos–, los que habremos de ver morir, por un lado, y los que hemos visto nacer, por otro. “Las ramas nuevas que” –como escribe el poeta– “han brotado en mí y me alzan dolorosamente por encima de mí mismo”. Por eso, la voz de fondo en este libro es la que rescata en ‘Escribir’ a través de la imagen de Eneas, Anquises y Ascanio, es decir, a través de esta trinidad del hombre que camina con su padre al hombro y sus hijos aferrados a las rodillas. Como Eneas –pero no el héroe, sino el refugiado–, el autor de *Las piedras de mis ruinas* es el fundador de una familia, aunque no lo ha hecho solo, sino junto a su compañera.

La mujer de una de las composiciones más hermosas del libro, ‘Yo contigo’, “la mujer que me mira al otro lado de mis ojos, mujer en cuyos ojos se encierra todo el firmamento”, mujer que se describe entre la ternura y el erotismo contenido, con la calidez de un cuerpo adormecido que encontramos en la mañana junto a nosotros. Es la mujer que acompaña al autor cuando vuelve a su tierra natal en esa especie de *nostos*, la que imaginamos a su lado en la plaza del pueblo mientras los niños juegan; o la que camina junto a él por la ribera del río Turia mientras piensa que ese momento, ese momento de ahora, “es la cumbre de mi vida”. Compañera de vida, esposa, amante, madre de sus hijos, amiga, familia; es, a la postre, una de las piedras angulares que sustentan el libro, implícita y explícitamente.

Sin embargo, como se ha sugerido en las líneas anteriores al mencionar ese *nostos*, ese viaje de vuelta a la tierra natal del héroe, se revela algo trascendental que constituye, sin duda, el gran tema del libro. Si la fundación de una familia es el gran

hito en la madurez del autor, el dónde no es menos importante. Porque hay personas que continúan su vida adulta entre las mismas calles y personas que las vieron crecer, y otras que lo hacen en un espacio diferente, aunque por lo general cercano: tal vez la ciudad próxima, otro barrio o el pueblo vecino. Pero Juanjo Tejero vive lejos. Muy lejos de esa tierra de la infancia que es la pequeña ciudad de Lebrija, próxima al río Guadalquivir. Este es, sin duda, el gran tema del libro y la gran tensión. La gesta del héroe Eneas en busca de una tierra donde criar a sus hijos y la forma de integrar esta nueva familia en una estirpe ya existente que vive en la memoria del escritor. Y, al contrario, los regresos estacionales, durante años solo y ahora junto a su mujer e hijos. Regresos tan dolorosos como llenos de felicidad. Regresos para recordar que uno ha cambiado casi tanto como el lugar al que regresa, con media vida ya fuera.

Como el propio autor declara al final de sus páginas, en los ‘Agradecimientos y dedicatorias’, en el trasfondo de cada prosa o poema encontramos “el pueblo de Lebrija, y a quienes allí habitan junto al recuerdo del que fui: mis padres, mi hermana, los amigos. Llevo tan adentro sus voces...” Un pueblo que se desdibuja en la mente del autor, que se cae a cachos como la casa de la infancia, unas calles que rejuvenecen “mientras yo envejezco”. ¿Pero qué hacer con esa memoria y ese anhelo en cada vuelta, esa nostalgia de un lugar que ya no es? Porque la realidad se impone. Y se impone para revelar los entresijos de esta tensión intergeneracional vertebrada por la memoria y la identidad, aquello que uno puede o no ser, aquello que uno lleva consigo dentro, hondamente atravesado. De esta manera, en ‘Casa paterna’, una de las prosas más potentes del libro, escribe:

La casa de mi infancia es una casa más para mis hijos. No tiene nada de especial para ellos. [...] A qué volver a una casa vieja que sólo en mi cabeza sigue en pie. [...] Y de todas formas, en el umbral ya de mi antigua puerta, qué es lo que quiero mostrar a mis hijos, me pregunto más que ninguna otra cosa. ¿Una casa vacía? ¿Y para qué? Yo ya no estoy ahí.

Al comprender esto, el hecho de que, de manera evidente y natural, “la casa de mi infancia es una casa más para mis hijos”, sin ningún tipo de significado ni emoción para ellos, muestra hasta qué punto cada generación nace apátrida. Cada generación emprende ese viaje hacia tierras más o menos conocidas, más o menos inhóspitas. Las casas se deshabitan, otras se construyen, y las memorias familiares se diluyen y se conforman nuevas. Lebrija solo es un pueblo más para sus hijos. No tiene nada de especial para ellos. Tal vez entonces, una deuda más fuerte que con los que nos dieron vida, la tenemos con los que a nosotros se la hemos dado. Pero, aun así, qué legado dejar a sus hijos, se pregunta el padre-poeta. Qué hacer con esta existencia que es un poco ya vivir en sus propios hijos y cuya última forma de *estar* será en los recuerdos que ellos tendrán cuando él ya esté muerto. “Ahora que estoy a tiempo de pensar qué legarles no me explico ni siquiera qué clase de recuerdo represento para ellos, yo el absorto, que pertenezco a un mundo que se desbarata a cada paso, el exiliado de sí mismo que arrastra las cadenas de su propia e intransferible experiencia”, escribe en ‘Mi legado’. Qué dejarles para poder transitar por esta vida. Cualquier cosa o nada, menos “el germen de mi tristeza”.

Si el autor de *Las piedras de mis ruinas* desnuda su intimidad y nos pone a contraluz los tabiques y pilares que conforman su cotidianidad, entre las páginas del libro encontramos un lugar para los juegos de máscaras, dando voz a otros *yoes*, como en ‘Soliloquio de un esclavo griego en Emérita Augusta’ o ‘Desvelo de un *pater familias*’, que no son sino otra forma de expresión del autor, e incluso de los *yoes* posibles que conviven dentro uno mismo, pues en realidad comparten sus mismas preocupaciones e inquietudes. Pero estas son, además, máscaras que funcionan con

una falsilla real, puesto que el libro revela algo tan cotidiano como la *condición* de su autor. Juanjo Tejero es filólogo clásico. Es traductor y profesor. De esta manera, yacimientos de época romana como Munigua, Baelo Claudia, Itálica o la desaparecida ciudad bajo las aguas del Atlántico, Salmedina, están presentes. Todos emplazados entre las provincias de Cádiz y Sevilla, de manera que se crea un paralelismo entre los restos romanos y la propia Lebrija, convirtiéndola también en una especie de yacimiento, aunque sea reducida a su mundo interior.

De hecho, en *Las piedras de mis ruinas*, el autor, el ser humano que recuerda, imagina y escribe, es el que termina también convirtiéndose en una especie de yacimiento. Un yacimiento que, paradójicamente, se construye al tiempo que se deshace, quedando un hombre hecho de sedimentos entretejidos con “las piedras de mis ruinas”, algunas informes como cantos rodados y otras, “las más cuadradas y mejores”. El hombre yacimiento, el hombre hecho de ruinas que van rehaciéndose, el hombre semienterrado, escribe:

Soy como esa ciudad que es Estambul
y fue Constantinopla y fue Bizancio
la suma de las ruinas de mí mismo.

Iván Civera Martínez